

actividad y valor, dispusieron las cosas relativas á su arma. Es muy digna de mencion honorífica la conducta del teniente coronel Gaspar Sánchez Ochoa, que convaleciente de una enfermedad anterior, estaba de baja en el servicio, pero que en el momento que el enemigo desenmascaró sus baterías sobre el fuerte, entró en él y trabajó en su honorífica defensa, la que fué decisiva por la importante cooperacion de la reserva mandada por el intrépido general Negrete, que á sus antecedentes une este hecho más. Es tambien de mencionarse la actividad é inteligencia de los ingenieros teniente coronel capitán primero Emilio Rodríguez, y capitanes Manuel Mariscal y Carlos Ramiro.

El ciudadano general en jefe, que desea hacer justicia á todos los buenos servidores de la patria, manda que se hagan saber por esta orden general, las acciones de cada uno de los que se distinguieron, á reserva de ser comprendidos en el parte general, para que reciban de la nacion los testimonios de gratitud y consideraciones á que se han hecho acreedores.

De orden del ciudadano general en jefe.—El Cuartel-Maestre, *Mendoza*.—Comunicada.—*Prieto*.”

“Como aclaracion á la orden del 27 al 28 de éste, el general en jefe dispone se diga: que sirvieron la artillería del fuerte Iturbide, la primera brigada de Veracruz, quinta batería del batallon de artillería de México, piquete de artillería de Zacatecas, y la cuarta brigada Auxiliares de artillería mixta de Veracruz, y protegiendo la defensa del fuerte, por los flancos en campo raso y fuera de las murallas, dos baterías de la segunda brigada de Zacatecas, la primera batería del batallon de artillería de México, y otra batería, compuesta de dos pelotones de la primera brigada, dos de la quinta batería del batallon de artillería de México y dos de la segunda brigada de Zacatecas.

De orden del ciudadano general en jefe.—El Cuartel-Maestre, *Mendoza*.—Comunicada.—*Prieto*.”

Hasta aquí los documentos que dejo citados.

En los dias 29, 30, 31 de Marzo y 1º de Abril, tuvieron lugar los hechos que refiero en mi comunicacion de fecha 30, y cartas que

remití al señor general Comonfort, con fecha 31 de Marzo y 1º de Abril, cuyos documentos inserto en seguida:

“Ciudadano Ministro de la Guerra.—Destruida una gran parte del edificio llamado la Penitenciaría, que servía de base al fuerte de San Javier, próxima á desplomarse otra, destruidos tambien los baluartes y cortinas del referido fuerte, y segados sus fosos en una gran parte por los fuegos de la artillería enemiga, generales instruidos é inteligentes lo mismo que los jefes de dicho fuerte, me manifestaron: que ya no era posible continuar con buen éxito la defensa, entre multitud de razones que había para ello, porque ya nuestra artillería no podía jugar, tanto porque las paralelas del enemigo, donde tenía ocultas y apostadas sus columnas, estaban á distancia de 30 ó 40 varas de los salientes de los baluartes, como porque las cañoneras y esplanadas estaban convertidas en un monton de escombros. No obstante el respeto que me merece la opinion de aquellos generales, pasé personalmente al referido fuerte, y me convencí de la verdad en que se apoyaba dicha opinion. En consecuencia, dispuse, que todas las existencias de municiones de guerra que había en los repuestos, se trasladaran á los almacenes del centro de la ciudad, y que se sacara la artillería de sitio, de plaza y de batalla con que estaba armado el fuerte, resolviéndome al mismo tiempo á seguir defendiéndolo, no ya con el carácter de un fuerte, sino de unos cuantos palmos de terreno, que quería disputar de todas maneras al enemigo, vendiéndolos bien caros en caso desgraciado; y así lo manifesté á sus defensores poco ántes de que sufriera el asalto.

“Á las tres y media de la tarde del dia de ayer, hizo punto objetivo el enemigo al ya citado fuerte, como lo había hecho los dias anteriores, dirigiendo á él todos sus fuegos de artillería. Poco despues de las cuatro de la misma tarde, lanzó sobre dicho punto gruesas columnas que resistieron en el patio de la Penitenciaría, dos batallones de Guanajuato y uno de Morelia, no pudiendo recibir un auxilio instantáneo, porque las fuerzas que para este objeto había colocado en los flancos del fuerte, tenían que recorrer una extension de 500 á 1,000 varas, cuando los franceses sólo tenían que andar 30 ó 40, dejando apoyada su retaguardia en otras columnas que cubrían

las paralelas: esto no obstante, el señor coronel D. Carlos Salazar, con el batallón de Rifleros, perteneciente á la division que manda el señor general Negrete, llegó por nuestra derecha hasta el foso del referido fuerte; otra columna, que mandó desprender del Carmen el señor general D. Francisco Alatorre de las fuerzas de Zacatecas, á las órdenes del señor general Ghilardi, llegó atravesando la llanura que se interpone por la izquierda hasta cerca del pueblo de Santiago; tres batallones de Puebla, tambien á pecho descubierto, al mando de sus dignos jefes los señores generales Negrete y Prieto, reforzaban la línea de la derecha, que manda el señor general Antillon; los batallones Reforma, Mixto de Querétaro y parte del de Rifleros, al mando del coronel Rioseco, defendían bizarramente las manzanas que circunvalan la retaguardia de San Javier, y otros tres batallones de Zacatecas, al mando del señor coronel Auza, defendían otra de las manzanas citadas y los redientes de Morelos.

“Á todos estos jefes y á sus subordinados, los ví serenos en medio de los fuegos, á unos á pecho descubierto, y á otros en los muros que se les habían encomendado, esperando el empuje del invasor; mas éste, que no pudo ó no quiso resistir nuestros fuegos, y merced á la absoluta oscuridad que producía el humo, ocultó sus columnas en los fosos de las paralelas y en el centro del edificio de la Penitenciaría, despues de haber sido resistidas heroicamente por los defensores de este punto. No hemos perdido ni un sólo cartucho ni una sola pieza de artillería, excepto dos de montaña que era necesario perder para causarle algunos males al enemigo á la hora del asalto, pues como he dicho á vd., mandé previamente desartillar el fuerte y vaciar sus repuestos y almacenes. En la funcion de armas perdimos tambien 500 hombres entre muertos y heridos. No sé si quedaron algunos de nuestros jefes, oficiales, y soldados de los que defendían á San Javier, prisioneros en poder del enemigo. Sírvase vd. manifestar al señor Presidente, que nuestro Cuerpo de ejército no ha sufrido lo más mínimo en su moral, por la pérdida de Iturbide, porque ésta, como he dicho, la hicieron necesaria las leyes de la guerra, y la exigía ademas la conveniencia de la defensa de la plaza.

“Como una prueba del primero de estos asertos, puede vd. manifestar al mismo señor Presidente, que hace 32 horas, despues de la

en que se sufrió el asalto, que el enemigo no ha podido desalojar á nuestras tropas de las manzanas que circunvalan la retaguardia del referido fuerte, ni aún de aquellas que se encuentran á 13 ó 14 varas distantes del mismo, no obstante ser sumamente débiles por su construccion, y estar sufriendo todo el fuego de la artillería de los invasores, á consecuencia de que todas tienen su frente á la campaña.

“Me he propuesto defender otras 30 horas las citadas manzanas, para obligar al enemigo á que las tome en columna cerrada, y á que en el ataque sea rechazado ó pierda mil ó dos mil hombres; y en el supuesto de que no acontezca lo primero, como lo creo, abandonaré las cinco manzanas, incluso los redientes de Morelos, para que todos estos escombros impidan á la artillería enemiga jugar impunemente sobre nuestra tropa por ese rumbo, por no poder hacer lo mismo nuestras baterías, una vez que el enemigo ocupa San Javier. En la hipótesis de que aquel no me ataque las manzanas en los términos referidos, mi línea quedará establecida á la retaguardia de ellas, cuya línea, así como las otras dos que están más hácia el centro de la ciudad, está perfectamente artillada y defendida por fuerzas respetables. El abandono de los redientes de Morelos, lo motivará la circunstancia de que ni han sido, ni serán atacados por el frente que ve á la campaña, sino por la gola, que, como es bien sabido, está sin fortificacion, y sólo le sirven de apoyo las manzanas y plaza de toros que se hallan inmediatas á San Javier. Mas una vez que sea abandonado aquel punto, queda descubierto y puede ser batido por toda su parte interior por nuestra segunda línea. El enemigo no ha atacado alguna otra de las fortificaciones que se hallan en los suburbios de la ciudad. Me han servido mucho como siempre, los señores generales Mendoza y Paz.

“Sírvase vd. dar parte con lo expuesto al señor Presidente de la República.—L. y Reforma. Zaragoza, Marzo 30 de 1863.—Ortega.”

“Señor general Comonfort.—A las ocho de la noche del día 31 de Marzo.—El correo no pudo salir anoche, y por lo mismo le diré á vd. lo que ha pasado en la plaza, en las 24 horas que han trascurrido. El enemigo no ha podido desalojar á nuestras fuerzas de las

manzanas y plaza de toros que se hallan inmediatas y á la retaguardia de San Javier, no obstante el fuego nutrido de artillería que ha dirigido sobre ellas desde sus paralelas. No se ha resuelto á tomar esos puntos con sus columnas. A la hora en que escribo estas líneas recibo parte de que ha comenzado á incendiarnos las puertas de las citadas manzanas.

“Si el enemigo no ataca, ya dí orden de que las manzanas tantas veces citadas, la plaza de toros y redientes de Morelos, se abandonen antes de amanecer; y he dispuesto tambien que se desartillen los últimos á la una de la mañana, vaciando al mismo tiempo sus repuestos. Esta medida la dictan las razones que dí al señor Ministro de la Guerra.

“El día de hoy hemos perdido como 100 hombres entre muertos y heridos. El enemigo ha continuado arrojando bombas sobre la ciudad. Han vuelto del campamento frances los vice-cónsules de los Estados-Unidos y de Prusia, á quienes negó el general Forey la gracia que yo había concedido, en obsequio de la humanidad y de la civilizacion, y que consistía en permitir que salieran de la ciudad todas las mujeres, niños y familias indefensas.

“El general frances cree, que por terror de las familias obligará á la guarnicion á rendirse, mas si esto cree, se equivoca, pues los soldados que mando, y yo muy particularmente, estamos resueltos á defender manzana por manzana y edificio por edificio, aunque todo quede convertido en ruinas. Todos los correos que le he mandado, han vuelto con los pliegos de vd.—Continúo esta carta á las cinco de la tarde del día 1º de Abril, porque el correo no pudo salir anoche. Abandoné las manzanas y redientes de Morelos, y el enemigo sólo ha ocupado dos de las primeras, más no las restantes ni los redientes que están batidos por nuestra segunda línea. He vuelto á ocupar, á las diez de la mañana de hoy, las manzanas abandonadas y los redientes, si bien con poca fuerza, porque no estoy resuelto á seguir defendiendo estos puntos. En los redientes dejé cuatro piezas de marina inútiles y pesadísimas, y que ni á ésta hora que estoy en posesion de dicho punto, me resuelvo á sacarlas. Deje vd. con signado esto por la prensa. Hoy el fuego ha sido más lento y flojo. Hemos perdido como 40 hombres entre muertos y heridos. Tenemos

ó tiene el enemigo, siete oficiales y dos jefes prisioneros de los nuestros. Acabo de recibir de ellos una carta que me trajo con una bandera blanca un oficial frances. Mañana les mando una paga.—*Ortega.*”

“Señor general D. Ignacio Comonfort.—Zaragoza, Abril 1º de 1863.—Querido amigo y compañero: Son las ocho de la noche y no ha ocurrido cosa alguna de importancia. Dentro de algunos minutos me voy á la línea avanzada, llevándome dos ingenieros y á los generales Paz y Mendoza, con el objeto de ver si entre los parapetos avanzados y los de la retaguardia de éstos, levanto otros, formando así una extensa muralla entre las manzanas, para hacer jugar toda nuestra artillería sobre la plaza de toros.

“Acabo de recibir su apreciable de fecha 31. Ya dije á vd. en mi carta que le remití hace algunas horas, que luego que me dieron aviso de la torre, que se aproximaba vd. y que el enemigo preparaba sus fuerzas para recibirlo, hice salir una fuerte columna sobre el campamento frances del rancho Colorado, al que se reconcentraron los inmediatos. Cuando oscureció, nuestra columna volvió á la plaza despues de haber hecho sobre aquel campamento algunos tiros de cañon. Siempre he esperado mucho de vd.—*Ortega.*”

A lo que manifesté en los documentos que anteceden, sólo tengo que agregar: que las piezas de montaña que se perdieron en San Javier, no fueron dos sino tres, cuya equivocacion del escribiente ó telegrafista no pude subsanar oportunamente, porque durante los días del asedio, no supe los términos en que se había publicado el parte que dejo inserto.

Debó tambien añadir á los conceptos emitidos en éste, por exigirlo así un principio de justicia: que en los días que quedan citados, hubo entre los defensores de la plaza hechos que tocaban al heroísmo, no sólo por oficiales y jefes de alta graduacion, sino aún por los individuos de la clase de tropa, y por simples ciudadanos, que, sin tener carácter alguno militar, dieron su sangre y su vida en defensa de su patria.

Penas y mortificacion me causa, señor Ministro, cada vez que escribo una línea, no tener á la vista los datos y apuntes que recogí

para auxiliar á mi memoria cuando fuera oportuno, porque sería imposible que aquella me sirviera para citar los nombres de multitud de personas, y para narrar también multitud de circunstancias de que vinieron acompañados los hechos principales que he referido, circunstancias que si están llenas de interes consideradas aisladamente, forman en su conjunto una página honrosa en la historia de México; mas ya no es posible tener á la vista aquellos documentos para realizar mis deseos, como lo he manifestado y vuelvo á repetirlo ahora, me permitiré hacer una mención especial del señor coronel, hoy general, D. Pedro Rioseco, y de los señores coroneles Herrera y Cairo, Gómez (D. Jesus), y Escobedo, así como de los jefes, oficiales y tropa que mandaban esos valientes y pundonorosos jefes.

Rioseco, con la primera brigada de la division del señor general Negrete, sufre durante tres dias, sin recibir relevo alguno en la plaza de toros y manzanas de izquierda y derecha, el fuego de rifle que hacía el enemigo de San Javier, y el de las baterías colocadas en las paralelas.

Ocho ó diez veces visité á este jefe para ver el estado en que se hallaba su tropa y los puntos que defendía, y otras tantas lo ví, lo mismo que á Herrera y Cairo y demas jefes y oficiales que lo acompañaban, sereno y contento en medio de la muerte y del estrago que causaban los proyectiles del invasor, ya cubriendo, con los mismos escombros que le dejaban aquellos, las brechas que le abrían á cada hora, y ya improvisando, segun las instrucciones que le diera, otros medios de defensa, para lo que puse bajo sus órdenes al ingeniero D. Francisco Beltran.

No oí de los labios de Rioseco ni de los jefes, oficiales y tropa que lo obedecían, ni una sola queja, ni observé el más ligero disgusto, porque no los había mandado relevar oportunamente, no obstante haber triplicado las fatigas que las leyes militares imponen en casos como éste.

Tampoco recibí de algunos de esos valientes ni la más ligera indicacion, ni la observacion más mínima respecto de las órdenes que recibían: alegres y obedientes, llenaban para con su patria, los deberes de soldados republicanos y subordinados. Sólo recuerdo estas frases que me dirigió modesta y privadamente Herrera y Cairo:

"Mi general, si vd. lo cree conveniente, sacrifique el batallon de Querétaro que mando, para ver si se logra recuperar el fuerte de San Javier: mi persona y el batallon, estamos dispuestos á hacer ese sacrificio en los términos que vd. lo exija." Yo aprecié en lo mucho que valían, las palabras de aquel jefe, y más cuando su fisonomía, su acento y la hora y punto en que las vertiera, me revelaban que procedían del corazon; pero juzgué que era inútil cualquier sacrificio, porque aunque lograra apoderarme del fuerte, con pérdida de algunos centenares de hombres, no podía conservarlo ni defenderlo por las razones que manifesté al señor Ministro.

Rioseco y sus compañeros no abandonaron los puntos que se les habian encomendado, sino cuando así convino al honor de la plaza, y cuando para ello recibieron las órdenes correspondientes del cuartel general, sin haber perdido hasta entónces un sólo palmo de terreno.

Los coroneles Gómez y Escobedo, se hallaban á la retaguardia de los jefes que he mencionado, preparando entre los fuegos del enemigo, una segunda línea de defensa, en los términos que se les había ordenado. Su conducta, y la de las fuerzas que mandaban, no fué ménos digna que la de los primeros.

El coronel, hoy general D. Miguel Auza, que ocupaba las manzanas de la izquierda de Rioseco y redientes de Morelos, y que había sufrido con las fuerzas que mandaba, el fuego y destrozos de la artillería enemiga desde que ésta comenzó á batir el fuerte de San Javier, se condujo también de una manera honrosísima, lo mismo que la tropa y oficialidad que estaba á sus órdenes. Habiéndole mandado fuerzas, para relevar las que tenía, dos dias despues de la pérdida de San Javier, me mandó suplicar con el señor general Paz, que le dejara los batallones 3º y 5º de Zacatecas que tenía á sus órdenes, pues que éstos, inclusa su oficialidad, se hallaban aún llenos de entereza para seguir defendiendo el fuerte con toda decision, no obstante lo mucho que habían sufrido. En vista de esto, pasé en el acto á los redientes de Morelos, y habiendo encontrado al señor Auza, que hablaba á la sazón con el general Paz, en el punto de mayor peligro, y á sus fuerzas con el más grande entusiasmo, me dijo el primero: *Creo que aceptaría vd. mi súplica, que no me releva-*

*rá las fuerzas, ni me mandará reserva alguna particular, pues hasta esta hora no creo necesitarla. Ya ve vd. el buen estado en que se hallan las fuerzas: ellas y mi vida le responden á vd. de los redientes de Morelos y manzanas que ocupan.*

Esos puntos los desocupó con la mayor calma y sangre fría, cuando para ello recibió también órdenes expresas y terminantes del cuartel general, lo que tuvo lugar al mismo tiempo en que las recibiera Rioseco, por convenir así á los intereses de la plaza.

En la tarde del día 30 de Marzo, observé de las torres de catedral que las fuerzas del señor general Comonfort, se movían con dirección al puente de México, é inmediatamente dispuse que el general Negrete, que mandaba la reserva general, saliera con una fuerte columna de las tres armas, por la derecha del fuerte de Santa Anita, sobre el campamento enemigo que se hallaba en el pueblo de Santa María, con el objeto de proteger á las fuerzas del Cuerpo de ejército del Centro, caso de que éstas intentaran algo sobre la línea francesa, ó introducir víveres á la plaza. La columna hizo su salida en muy buen orden, cambiando sus tiros de cañon con los de la línea enemiga, cuando ya se hallaba inmediata á ella y sobre la llanura. Al entrar la noche, observé que las fuerzas del citado Cuerpo de ejército del Centro se habían retirado como con dirección á Ocotlan, y mandé que nuestra columna se replegara á la plaza, como se verificó.

En esos días escribí reservadamente al señor general Comonfort, proponiéndole como un plan de campaña que nos daría los mejores resultados, lo siguiente: que se situara con su fuerza en Santa Inés Zacatelco, al Norte de la ciudad, desde cuyo punto podía amagarse la línea de comunicacion que tenía establecida el invasor con Orizaba: y le decía además, que colocado en aquel lugar, hiciera un movimiento rápido en las altas horas de la noche, para que á las primeras luces del día siguiente, se hallara sobre la línea enemiga, que estaba entonces bien débil por San Pablo del Monte y San Aparicio, y que dándome previamente el aviso de su movimiento, fuertes columnas saldrían de la plaza para hallarse á la misma hora y por otro de los flancos, sobre la misma línea enemiga, con el objeto de que ambas fuerzas atacaran simultáneamente los campamentos de

que se componía aquella, lo que daría por resultado, en mi concepto, su destrucción, y obligaría al invasor á levantar el sitio ó á reconcentrar sus fuerzas, formando con ellas gruesos campamentos, lo que importaría un bloqueo, y hasta cierto punto el triunfo de la plaza.

Como el señor general Comonfort no me contestara, entendí que había pedido instrucciones al Supremo Gobierno relativas á mi proyecto.

Los días trascurrieron y vino la pérdida de San Javier y demás sucesos que dejo reseñados. Algunos días despues, recibí una carta de aquel general, en que me decía: que para ejecutar el plan que le había propuesto, necesitaba que le proporcionara una fuerza de la plaza, compuesta, segun recuerdo, de cinco ó seis mil hombres. Recibí con esta carta, otra del señor Presidente, en la que me recomendaba que, si lo juzgaba conveniente, facilitara al referido general la fuerza que me pedía.

A este último señor le contesté: que no me sería posible obsequiar sus deseos sin comprometer seriamente la defensa de Zaragoza; y al señor Presidente le dije también en lo confidencial: que facilitar la fuerza al señor general Comonfort, importaba tanto como obligarme á perder la plaza en unas cuantas horas, porque ésta quedaría sumamente débil por todas partes, y más cuando hasta entonces había perdido ya como tres mil hombres de sus defensores; pero que si creía conveniente la medida, se sirviera darme las órdenes correspondientes, en cuyo caso se buscaría un medio para perder la ciudad de una manera decorosa y digna: le decía también, que estuviera siempre seguro de que sus órdenes quedarían cumplidas inmediatamente que yo las recibiera.

El citado señor general contestó de enterado á mi carta, y la respuesta del señor Presidente, que recibí también con el carácter de confidencial, fué: que admitía por buenas mis razones, y sobre todo cuando yo debía hacer lo que estimara por más acertado, *puesto que era el único responsable de la defensa de la ciudad.*

Aquí creo oportuno y de justicia hacer una advertencia, y es la siguiente:

El señor general Comonfort me dijo en una de sus cartas, en los